

bien lo tendrás; pero olvida que hemos sido amantes.

— Lo olvidaré para todo menos para lo que pueda serte útil.

— ¿Con que es decir que no te opones á que me case con Virginia?

— Lejos de oponerme, te ayudaré si es necesario.

— ¿Es decir que seremos hermanos? Que tú no volverás á hablarme de tu cariño, y en cambio disfrutarás absoluta libertad y el dinero que necesites.

— Respecto á dinero, replicó Juana, nada tenemos que hablar; pero en cuanto á libertad absoluta...

— ¿Pudieras decirme qué uso piensas hacer de ella? dijo cariñosamente el mayor.

— Sí, abandonar la soledad, buscar el olvido en el bullicio.

— Bien pensado, exclamó D. José con alegría; pero dime, ¿cómo has podido enterarte?...

— Ese es mi secreto. El mayor no quiso insistir, esperando que pronto lo averiguaria, y dando la mano cariñosamente á Juana, le dijo:

— Mañana te diré lo que deseo que hagas.

— Está bien. Hasta mañana, hermano, contestó Juana, saliendo del cuarto.

CAPITULO XX.

AMA Y CRIADO.

Mientras Rafael renunciaba así el empleo que el oficial mayor le habia procurado; mientras este discurría nuevos planes para apoderarse de Virginia, y mientras David seguía dedicando su culto á un amor desgraciado, y tanto mas desgraciado cuanto su objeto era menos digno, ¿qué habia sido de Rosa?

Como toda coqueta, no habia guardado en el

corazon mas que un débil vestigio de sus relaciones con el general; pero la muerte de este, aun cuando en realidad no la afectaba dolorosamente, le habia servido muy bien de pábulo á su romanticismo, y todos los que creian de buena fe en aquella sensibilidad tan exquisita, la compadecian como á una víctima del destino.

Ella, casta azucena de suavísimos aromas; ella, tipo de la idealidad mas elevada, habia visto agostarse sus ilusiones al soplo abrasador de un desengaño.

Así es el mundo, tempestuoso; carnaval donde los mas ingeniosos toman el disfraz que mejor les conviene y corren de un lado á otro, burlando la buena fe de unos pocos que juzgan equivocadamente, llevados de una engañosa apariencia.

Rosa era muy hábil para que la sociedad llegase á traslucir su verdadero carácter. Así es que bajo aquel antifaz de elevacion, la hemos visto abrigar una pasion indigna de su estado.

Mateo, sin cejar un solo instante en el camino que se habia propuesto seguir, habia adelantado increíblemente.

Su conducta sagaz habia exaltado la fogosa pasion de su ama.

Sucedió lo que debia: la coqueta habia caído en sus redes. La mariposa se habia abrasado.

Para acabar de embriagarse, la atmósfera de sensualidad con que la habia rodeado Mateo, se condensaba con los miasmas envenenados del cielo.

Una coqueta de baja condicion que habia entrado al servicio de la casa, parecia decidida á arrebatar á su ama la presa.

El amante, aprovechando con tino la posicion en que lo colocaba la nueva pretendiente, determinó valerse de esta ventaja para obligar á Rosa á rendirse. Dice un refran que el que escoge elige lo peor, y á la verdad, no es muy raro que así se verifique.

Rosa, que habia visto á sus piés tantos adoradores que merecian haber sido acogidos con benevolencia, hubiera podido hacer una eleccion que le asegurase un porvenir halagüeño; pero atrincherada, por decirlo así, tras de su desden, no habia dejado penetrar al fondo de su alma el cariño de alguno de aquellos jóvenes cuyo nombre hubiera podido aceptar sin avergonzarse.

Sus pasiones se despertaron naturalmente, y to-

maron un vuelo inaudito con las sagaces excitaciones de Mateo. Lo que Rosa sentia no era el amor que da vida ; era el fuego que consume : no la límpida corriente del tímido arroyuelo que besa y reanima las flores, sino el torrente impetuoso que arranca las mas robustas encinas.

Dominada de tal modo, no podia menos de verse vencida en una lucha en que, como dejámos asentado, solo valen la educacion y la moral religiosa.

El dia siguiente al en que supo la muerte del general, habia salido D. Antonio para Querétaro á una de sus especulaciones; y desde entonces las entrevistas de Mateo y de Rosa se habian prolongado y multiplicado de tal modo, que los criados, á pesar de la inmaculada opinion de que disfrutaba Rosa, comenzaban á murmurar.

Mateo, delante de Rosa y de los criados, afectaba cierta predileccion por la camarera coqueta, conducta que explicaba á su ama cuando estaban solos, alegando la necesidad de un disimulo.

Rosa tenia que sucumbir, aunque con el corazon hecho pedazos.

Era de noche : las luces del zaguan, la escalera

y el corredor se habian apagado. Las criadas dormian en su cuarto. El portero habia apagado tambien su vela, Mateo tenia su habitacion junto á la del portero. Todo parecia dormir; el reloj de la catedral comenzó á sonar, y el sonoro timbre de la campana repitió con pausa sus golpes. Era la media noche.

Apenas acababa de extinguirse su última vibracion, cuando la puerta del cuarto del lacayo se abrió con tanto silencio, que no pudo oirse el mas leve ruido.

Una parte de la sombra proyectada por la arquera del patio se hizo mas profunda, y cual un negro fantasma comenzó á deslizarse próximo á la pared.

Era Mateo.

Subió la escalera tan levemente como si apenas tocara con sus piés el suelo.

Siguió á lo largo del corredor hasta llegar á la puerta de la sala. Inmediatamente se abrió esta, y el lacayo penetró en aquella pieza.

Rosa era la que habia abierto : despues de cerrar la vidriera con precaucion, hizo lo mismo con las puertas. Acercóse en seguida á la chimenea, y

levantando la tapa de una de esas lámparas de noche hechas de porcelana, iluminó la pieza repentinamente.

Mateo esperó á que Rosa tomase asiento, y afectando una hipócrita timidez, tomó asiento en el sillón junto á su amante.

Rosa fué quien rompió el silencio.

— Mateo, ya ves cuánto hago por tí.

— Es verdad, señorita Rosa, contestó el criado bajando tímidamente los ojos.

— Me has obligado á esta entrevista y quiero saber con qué objeto.

— ¿Con qué objeto? repitió Mateo. ¡Ay! dijo suspirando profundamente, ¿con qué objeto? con el de que Vd. decida de mi suerte.

— ¿Pues qué, aun exiges mas?

— ¡Ay! señorita, y volvió á suspirar, se conoce que Vd. no ama como yo.

— Pero bien: ¿qué mas exiges? dijo Rosa queriendo conservar su dignidad.

— Yo, balbuceó Mateo con un aire extremado de tristeza, nada puedo exigir, he venido á suplicar.

A medida que el acento de Mateo era mas tímido, crecía en Rosa la exaltación.

— Bien, Mateo, pero no creo que tengas motivo para desear mas pruebas de mi cariño.

Sin dejar su acento quejumbroso, contestó:

— ¿Qué pruebas tengo? Y sobre todo, ¿para qué sirven las que Vd. tan bondadosamente me da? Yo, colocado por la suerte en una esfera inferior á la de Vd., nunca debiera haberla amado.

— ¿Porqué? interrogó Rosa.

— Porque... porque no tengo esperanza, dijo Mateo, bajando los ojos del mismo modo que lo haría una doncella al escuchar la primera declaración de amor.

— ¿Pues qué no te bastan las seguridades que te he dado de mi cariño?

— Conozco que hace Vd. mas de lo que merezco.... pero... ya Vd. ve... un corazón ardiente como el mio siempre está temeroso.... los celos....

— ¡Celos! ¿Y de quién? interrumpió Rosa; y hallando ocasión de tomárselos á Mateo, añadió:

— Yo sí tengo motivo para celarte; y arrepentida de aquella debilidad, siguió diciendo: — Pero no temo, porque creo que soy infinitamente mejor que esa fastidiosa.

Hacia alusion á la camarera, su rival.

— ¡ Ah! dijo Mateo con aire compungido, eso seria imposible; porque aunque estoy colocado en esta esfera, mis pensamientos son elevados; esto me ha decho amar á Vd. con una pasion tan profunda. Hay muchas señoritas; pero no todas tienen el alma que Vd., y solo por eso creo en su cariño. Solo las almas elevadas comprenden que tambien los pobres sabemos amar, que tenemos corazon. Bien podrán quitarnos las comodidades; pero jamás nos arrancarán los sentimientos. Si transijo con esa mujer, es por temor de que se descubra mi secreto; pero amarla, jamás.

A medida que Mateo adelantaba en su discurso erótico, su acento se habia ido animando progresivamente. Sus ojos despedian unas miradas tan ardientes, que Rosa estaba completamente fascinada. El lacayo prosiguió :

— Por eso he pedido á Vd. esta cita, y estoy resuelto á acabar con tan terrible situacion. ¿ Me ama Vd., señorita Rosa?

— Puesto que estás aquí no debes dudarle, contestó la jóven valiéndose de este circunloquio

para expresar una idea que habria deseado manifestar claramente.

— Yo no puedo vivir así, dijo Mateo, y vengo á suplicarla..... pero no..... Vd. no me lo concederá.

— Díme, ¿ qué quieres?

Mateo, despues de un momento de duda, exclamó afectando resolucion :

— Quiero un poco del cabello de Vd.

— ¿ Y para qué? dijo Rosa.

— ¿ Para qué? para tenerlo sobre mi pecho al tiempo de morir.

— ¡ De aquí á allá!...

— Es que voy á morir mañana.

— ¿ Mañana? exclamó Rosa, cuyo romanticismo temió verdaderamente una catástrofe. ¿ Y porqué?

— Porque soy pobre y Vd. nunca se decidirá á casarse con un sirviente, dijo con acento de profundo dolor. Y aunque se decidiera, añadió, el señor D. Antonio se opondria.

— ¡ Mi padre! es cierto, nunca lo consentirá, pero viviremos amándonos, dijo Rosa con acento apasionado.

— ¡No! no! exclamó Mateo con acento de la desesperacion, poniéndose la mano sobre la frente. ¡No! La vida me pesa: estos temores, estos celos me matan, Rosa; Rosa, voy á morir por tí.

Rosa no pudo resistir á este rapto de aparente abnegacion. Si tú mueres, moriré yo también, replicó verdaderamente conmovida.

Mateo, con la frente inclinada sobre las manos de Rosa, que estrechaba con ternura y besaba con pasion, comenzó á sollozar. Rosa también lloraba balbuceando de tiempo en tiempo:

— ¡Mateo, Mateo! No temas, que jamás te abandonaré.

Al fin, viendo este que habia logrado conmovier á Rosa, enjugándose las lágrimas le dijo:

— Adios, Rosita. ¡No me olvide Vd.!

— Espera: todavía hay remedio.

— ¿Cuál?

— ¿Quién sabe lo que podrá suceder?

— ¡Ay! suspiró Mateo con desconsuelo.

— Veremos si nos ocurre algun medio.

— Solo hay uno.

— ¿Cuál es?

— Que huyamos.

— ¡Imposible! dijo Rosa asustada.

— Entonces, ¡adios!

— Pero... ¿y mi honor?

— Mañana llega el señor D. Antonio. Los criados han sospechado lo que pasa: sé que van á decirlo. Me despedirán, pero al salir de aquí me estrellaré la cabeza; y sin dar tiempo para que Rosa contestase, añadió:

— Lo que siento únicamente es que de todos modos se va á hablar de Vd.

Rosa habia temido ya lo que Mateo le decia. Inmediatamente se agolparon á su cerebro una multitud de ideas sobre la rechifla que iba á caer sobre ella. Ya le parecia ver aquella multitud de jóvenes á quienes habia menospreciado, lanzando sobre ella miradas burlescas y sátiras amargas. Y tanto por el temor de perder á Mateo cuanto por el de tener que soportar los reproches de D. Antonio, contestó:

— Mañana, antes de que papá venga, me resolveré.

— ¡Imposible! La resolucion debe ser ahora mismo, de lo contrario...

— Pero... ¿cuándo partiremos?

— Esta noche misma.

— Pero ¿cómo?

— Todo lo tengo dispuesto.

— ¡Mateo, por Dios! ¡Mateo! dijo Rosa trémula de emoción, ¿qué vamos á hacer?

— A buscar la felicidad que el mundo me niega, dijo este con resolución.

— ¡No! no! No puedo resolverme.

— Entonces... ¡adios para siempre! dijo dando un paso para salir. Mañana Vd. quedará deshonrada y yo estaré muerto.

— ¡No! no! exclamó Rosa llorando. Pues que no puedo evitar la deshonra, evitaré al menos tu muerte..... ¡Huyamos!

El lacayo habia logrado su objeto. A la madrugada salian por la garita de San Cosme, llevando Rosa una cajita con sus alhajas y el lacayo una buena porcion del dinero que encerraba la caja de D. Antonio y que asaltó á excusas de Rosa, valido de su turbacion y de la confianza que habia hecho de él.

CAPITULO XXI.

EN TACUBA.

Tacuba, bonita poblacion situada al oeste de Méjico, á una distancia de $3/4$ de legua, participa en cierto modo de la belleza y tranquilidad místicas y del buen gusto de las grandes ciudades. Tiene buenos edificios, entre los que sobresale el llamado « Pensil americano. » Sus extensas campiñas son fecundas y corresponden dócilmente á la mano del labrador, que con poco trabaja hace producir

las legumbres y semillas mas sabrosas y las flores mas variadas. Su terreno plano parecia monótono, á no ser porque aquella planicie de Méjico tiene en algunos puntos alturas artificiales, restos de los monumentos aztecas. Y aun cuando la ambicion de algunos especuladores y las investigaciones de los arqueólogos han destruido en parte estos recuerdos históricos, quedan los vestigios de las gigantescas obras de los primitivos habitantes de esta parte de la América.

La imaginacion, preparada por la contemplacion del magnífico sabino (ahuehuete), bajo cuyo árido ramaje sintió Hernan Cortés pesar sobre su corazon la mas profunda tristeza, donde suspiró al recuerdo de la patria, donde lloró amargamente creyendo abortados sus ambiciosos proyectos; la imaginacion, repetimos, preparada por estas consideraciones, busca con ansia todo lo que le recuerda los nobles esfuerzos de aquella raza de atletas que sacrificó sus individuos á millares para oponer un dique á la conquista.

Colocado el observador en una de esas alturas monumentales de que hemos hecho mencion, la vista se extasia con la contemplacion de un mag-

nífico panorama, cuyo horizonte forman espesas arboledas, selvas floridas, y cuyos límites son los azulados montes que apenas alcanzan á distinguirse.

Hacia el Sur se levanta majestuoso el cerro de Chapultepec con su célebre acueducto, su pintoresco castillo y sus bosques de sabino seculares.

En una de las casas de Tacuba, propiedad de D. José, habia dispuesto esta la fiesta á que habia invitado á la familia de David; conociendo sus inclinaciones, habia procurado conciliar el buen gusto con la economía. La casa estaba amueblada con suma sencillez; y Juana, que habia llegado allí la víspera, manifestó en esta ocasion su pulcritud y habilidad en el arte culinario. Las piezas ostentaban el aseo hasta tocar en el escrúpulo. Los pisos parecian pintados en fuerza de la limpieza.

Dos cocineras habian estado en movimiento desde la noche anterior, pelando pavos, molliendo masas y disponiendo rellenos, y á pesar de haberse acostado á media noche, al amanecer habian vuelto á la tarea con nuevo ahinco.

Dejemos á Juana ocupada en estos preparativos

domésticos, y veamos lo que pasa en casa de Virginia.

Tambien esta se habia ocupado en prepararse para el paseo, y con la coquetería propia de toda mujer habia dispuesto desde la víspera un traje de muselina blanco.

Se habia esmerado en los preliminares de la fiesta, creyendo que Rafael seria de la partida. Su corazon, preocupado enteramente con su cariño, alimentaba su fuego con tanto mas placer y confianza cuanto era mas inocente. La renuncia de Rafael habia sido para ella un presagio de buena ventura; desde entonces, volviendo la calma á su corazon, habia afirmado su afecto con una dulce esperanza. — Rafael, habia pensado ella, no tiene mas relacion que la nuestra. Sus ojos parecen mirarme con una tierna predileccion, y siempre sus palabras son lisonjeras. Su acento es siempre tierno para mí. ¿Seria imposible que me amase? se preguntaba algunas veces. ¡No! se decia. Pero ¿porqué guarda una reserva tan obstinada?

A veces esta misma reserva la atormentaba con temores desconocidos. Su candor era un obstáculo para que pudiera darse cuenta de aquellos temo-

res que puede explicarse quien ama con reflexion, y ya hemos visto que Virginia solo habia comprendido su amor oyendo las apasionadas quejas de David.

Fluctuando entre el temor y la esperanza, habia hecho sus preparativos.

David, por su parte, habiendo sabido por la voz pública la escandalosa conducta de su adorada, habia sentido desfallecer su ánimo completamente, porque, como sucede con frecuencia, conservaba aun alguna esperanza que destruyó aquel secreto.

Como esto habia ocurrido pocos dias antes de la fiesta promovida por el mayor, el dia señalado llegaba para él velado por una nube funesta: nada tenia para él atractivo mas que el trabajo.

Pasaba largas horas escribiendo las mas sentidas composiciones, que revelaban el amor mas puro y apasionado; en otras, pintaba con tal verdad su despecho y su dolor, que Virginia no podia escucharlas sin derramar abundantes lágrimas.

David y Virginia eran semejantes á dos blancos botones de rosa, nacidos de un mismo tallo, nu-

tridos con una misma savia, cuyos perfumes se confundian y que estaban destinados al parecer á morir tan unidos como habian vivido.

Agostadas en su principio todas las ilusiones de David, comenzaba á sentir el hastío que mina la existencia como un corrosivo lento.

Empleado en el ministerio, cuyo jefe era Don José, vió con placer llegar á su casa un ordenanza que le avisaba que el día de la fiesta debian asistir todos los empleados á la oficina para un trabajo urgente.

Así lo habia dispuesto el astuto mayor para impedir que David acompañase á su familia á Tacuba: con el objeto de que se creyese que él tambien estaba ocupado, encargó al licenciado Ferriz fuese por la familia para conducirla á Tacuba. Tenia así tal encargo en la ausencia del mayor hasta la hora del almuerzo, por la extraordinaria ocupacion que se habia ofrecido. Esta no era, como puede inferirse, mas que un pretexto. Multitud de copias, relativas á la convencion española, habian servido para el caso, y todos los empleados debian afanarse por concluir aquellas copias, cuyo alto objeto diplomático era librar al

jefe de aquella oficial de un obstáculo para sus proyectos.

El licenciado Perez Ferriz, cuya absoluta sumision al oficial mayor nos es conocida desde el tiempo en que tuvo que intervenir en la causa instruida contra David, no desmintió en esa ocasion su aquiescencia, cuya causa sabremos mas tarde. Debemos antes decir que D. Antonio, en el primer impulso de su dolor al advertir la fuga de Rosa, ansioso de vengarse habia intentado una seria persecucion contra el infame que le habia arrebatado cuanto tenia de mas caro en el mundo: ¡su dinero!... ¡su hija!

La obcecacion del cariño paternal le hacia dudar aun de que la fuga de esta fuese el resultado de sus relaciones con Mateo. Todo hubiera creído menos aquella degradacion, que convertia á la jóven espiritual en la manceba de su cochero.

Decíamos que el licenciado Perez Ferriz habia obsequiado las insinuaciones del mayor, y en consecuencia se presentó en la casa de David el día designado, á las siete de la mañana.

Conocemos ya el carácter de la familia, y excusando al lector vanas fórmulas de política, le di-

remos que fué recibido por ella con la mayor cordialidad, y que inmediatamente se pusieron en camino en el coche que para tal objeto habia traído el licenciado.

Eran cualidades relevantes en este el comediante y el agrado, por consiguiente muy poco bastó para ganarse la confianza de aquella familia, pues su misma sencillez les impedia sospechar mala fe en cualquiera persona; pero mucho menos en un amigo de D. José, que habia sabido apoderarse del corazón de aquellas buenas gentes.

Las atenciones mas asiduas, unidas á algunos favores que muy bien pudieran llamarse beneficios, habian hecho de D. José un báculo para D. Juan y para D^a. Isabel.

Desde que el mayor habia entrado á la casa, la pension del viejo veterano se pagaba con toda exactitud. David habia obtenido una colocacion en el ministerio, y dos dias despues de la renuncia de Rafael fué nombrado para sustituirlo.

Durante el camino, se redujo la conversacion á encomiar la generosidad de D. José y su intachable conducta.

Aun cuando el licenciado tuviera motivos para

sospechar de esta, carecia de libertad para contrariar la buena opinion de que aquel disfrutaba, y por consiguiente no hizo mas que confirmarlo.

Entretenidos así atravesaron la hermosa calzada que conduce hasta Tacuba, haciendo D. Juan algunas observaciones sobre la frescura del tiempo, la alegría de las praderas y la belleza de las situaciones.

Doña Isabel lamentaba la ausencia de su querido David, y Virginia manifestaba el placer que le causaban las diversiones campestres y sus vivos deseos de radicarse en el campo.

El coche se detuvo, y Juana recibió á los convidados con tanta cordialidad como si hubiera sido, en efecto, hermana de D. José, bajo cuyo título la habia anunciado este.

Cuando hubieron tomado asiento, el licenciado invitó á Virginia para que tocase pretextando el cansancio. Virginia, llevada de la curiosidad natural, accedió gustosa.

Llevada de sus ideas melancólicas comenzó á ejecutar un trozo de Aschar con una dulzura extraordinaria. Su habilidad no podia compararse con la de Rosa; pero siendo verdadera la ternura

de su alma, la comunicaba á las armónías de tal modo que hacian sentir las mas vivas emociones.

Los lectores nos acusarán de omisos por no haberles dado á conoçer hasta ahora el tipo del licenciado.

Vamos á hacerlo. Su cráneo aplastado estaba cubierto de pelo negro erizado como el de un jabalí; la frente era corta y sus ojos eran pequeñísimos y de un tinte verdoso; la nariz levantada en su extremo; su boca grande, de labios de un rojo vivísimos, unidos á una dentadura blanca como el marfil que resaltaba sobre su color aceitunado. Era endeble como D. José, y sus modales algo femeniles producian cierta especie de repulsion. Al hablar miraba continuamente sus manos cuidadas con sumo esmero y cubiertas de sortijas, y sus piés estaban calzados con unos botines de raso con zapatilla de charol y adornados con un lazo de seda. Su voz, algo atiplada, se hacia mas aguda cuanto era mas cariñosa. Llevaba una camisa muy fina curiosamente bordada, cuyos cuellos abiertos en extremo casi dejaban ver una parte del pecho; chaleco amarillo claro; pantalon negro muy ajustado; casaca verde oscuro con botones de metal.

Al llegar Virginia al final de aquella sublime frase *Gardez cette fleur*, en que Aashar derrama tesoros de melancolía y de genio, la destreza de la jóven arrancó una exclamacion al licenciado. Juana aplaudió tambien.

Esta contemplaba con lástima á aquella jóven de miradas tan puras, de frente tan cándida, que iba á ser víctima de las infernales maquinaciones de su seductor. Los recuerdos de su florida juventud se agruparon á su memoria, y la tristeza de su presente empañó sus ojos con lágrimas que apenas le era dado contener.

— Señor licenciado, dijo, ya que yo no puedo todavía desprenderme de aquí, ruego á Vd. me desempeñe, acompañando á los señores á dar una vuelta por el jardin.

— No, no, dijo D^a. Isabel. En ese caso aprovecharemos el tiempo yendo á la iglesia para visitar *al Señor*. Ya tengo ganas de verlo.

— Y yo tambien, dijo D. Juan levantándose; pero los jóvenes, dijo indicando con la mirada al abogado, no gustan mucho de esas visitas. Eso se queda para nosotros los viejos.

— Yo, sí, dijo Virginia. Muchas ganas tengo de ir.

— Y tambien yo, chilló el licenciado con una falsa sonrisa.

Doña Isabel levantándose abrazó á Juana con una franca cordialidad, diciéndole : « Pues vamos, á no ser que nos necesite Vd. para que la ayudemos. »

— Cierto, añadió Virginia con una dulce sonrisa, yo tambien estoy dispuesta.

— Gracias, gracias, dijo Juana, vayan Vds. y acuérdense de mí.

Salieron : el licenciado ofreció su brazo á D^a. Isabel, pero D. Juan le obligó á que acompañase á Virginia diciendo :

— Los muchachos con los muchachos ; los viejos con los viejos.

Llegaron á la capilla.

Doña Isabel fué á colocarse, segun la costumbre de las ancianas, cerca de la barandilla : Virginia se arrodilló á su lado : D. Juan se acercó á una banca, y el abogado, despues de haberse signado descuidadamente, se puso á contemplar la multitud de retablos que representan accidentes acaecidos á los *devotos*.

Doña Isabel rezaba en alta voz el rosario, D. Juan balbuceaba el Trisagio.

Virginia, con los ojos fijos sobre la imágen del Señor crucifijado, parecia absorta en su adoracion.

Así es como los ángeles deben adorar al Hacedor en el cielo.

A pocos momentos, llegó una mujer cubierta con un rebozo nuevo y burdo sobre un vestido de seda verde oscuro sumamente ajado. Cayó de rodillas con tal violencia, que pareció desplomarse ; y apoyando la cabeza sobre la barandilla, comenzó á sollozar, exclamando á media voz :

— Señor, Señor, yo te he olvidado y justo es mi castigo. Pero aquí me tienes que vengo á pedir misericordia.

Y siguió sollozando.

Virginia, distraida por el grande dolor cuya expansion presenciaba, volvió la cabeza hácia aquella mujer y quedó sorprendida viendo la finura de su cutis y el aire culto que se percibia al través de su pobreza. Hubiera deseado interrogarla ; pero temió ofenderla, si interrumpia su oracion : y levantando de nuevo el pensamiento al cielo, rogó á Dios por aquella infeliz.

Pero de nuevo fué interrumpida por el ruido que causó aquella mujer, cayendo desfallecida.

Virginia y D^a. Isabel se apresuraron á socorrerla.

Era Rosa.

CAPITULO XXII.

QUÉ ESPECIE DE CONEJOS HABIA EN TACUBA.

Vuelta en sí en fuerza de los cuidados de D^a. Isabel y de Virginia, Rosa les dió las gracias y se disponia á marchar; pero ambas se empeñaron en acompañarla á su casa. Y no teniendo fuerzas para ir por sí sola, se vió precisada á aceptar aquella oferta. Salió apoyándose en el brazo de D. Juan y del abogado.

La casa no estaba lejos. Frente á la esquina